

mática del prisma solar y del dibujo atmosférico.

Picasso va a romper con el prisma. Va a imponer el cubo. Y su geometría rasa e inexorable reducirá el dibujo de las nubes al dibujo de los cartabones.

Sus primeros esquemas cubistas son trazados sobre la aldea española de Horta de Ebro. Una aldea como tantas de España: un poco de cal sobre un pozo de arcilla, unos muros blancos que dan una sombra parda, la ruina de un castillo, unos encinares.

Pintando esta delicada aparición, se da cuenta Picasso de que los pintores impresionistas habían pintado el maquillaje de la pintura más que la propia pintura, y de que, superponiendo capas de color, de materia y de arabesco, aquellos pintores disfrazaban la razón esencial que les había llevado a pintar.

El intenta la pintura sin maquillaje. El va a sacarle el maquillaje y el pellejo. El va a hacer la pintura del natural: del natural de la pintura.

Así desarrolla su arte árido y genial. Un arte que es como la carbonización del arte de todos los siglos. Lo que podía sobrevivir después de haber pasado por el fuego la milenaria experiencia plástica de los hombres. Esos restos calcinados, esos vestigios de líneas y de tinturas que quedarían después del incendio.

Un signo vertical puede significar todo el vuelo de los sueños humanos. Un ángulo, el choque de dos rayas, toda su dinámica y toda su épica. Unos nimbos arcillosos o grises le bastan para situar en el espacio su temeraria cosmografía.

Ni yo, ni nadie, empezando por el propio Picasso, seríamos capaces de explicar cómo pudo llegar a esto. Pero sólo él pudo llegar a esto. Su don para crear arte con lo que no lo ha creado nadie, para hacer nacer ritmo y fascinación en lo que no existe, es en él, más que una condición mental, un don telepático, una magia sobrehumana. El parece el hombre de las mil manos y de los mil ojos. Estos ojos debieron ver el ritmo antes de ver. Aquellas manos debieron tocar el misterio del arte antes de ser manos.

Su riqueza es mayor cuanto mayor es la penuria que le rodea. Este hombre se crece ante la adversidad. Jamás es tan grande Picasso como cuando se decide a prescindir de todo. A pintar con un solo color, con un fósforo o un corcho ahumado.

Prescindir de todo: esto fué el cubismo. Goya realizó la primera pintura que se atrevió a no gustar. Picasso fué más lejos. Su pintura no sólo se atreve a no gustar, sino que se atreve a no ser nada. La nada. El vacío aséptico, incoloro e insípido. La destrucción del color, de la materia, del dibujo. La menor cantidad de pasta, la menor cantidad de retórica. El exterminio de la gracia. El fin, no ya del genio, como en Velázquez, ni del gusto, como en Goya. El fin de la pintura propiamente dicha.

Aquí está su impresionante majestad. El cubismo pudo caer en el jeroglífico, en el esquema, en el mosaico. Y no cae. No es decoración, ni signo, ni taquigrafía. Es plástica, es pintura, compuesta por la negación de sí misma y por el aliento de un hombre predeterminado.